

—¿Joven?

—De corazón... sí.

—¿Feo?

—Bastante.

—¿Rico?

—¿Qué le importa á usted eso?... Eso es cosa mía... No va usted á aspirar á su fortuna.

—Será á su conciencia de juez, ¿no es eso?—dijo Léa.

—Ha comprendido usted perfectamente... Es imposible encontrar mujer más inteligente.

La joven pensó un instante y repuso:

—¡Sí que debe ser divertido... seducir á un hombre de toga, con un birrete dorado y con armiño sobre los hombros!... Uno de esos hombres que nos miran desde lo alto de su estrado y que, en vez de decir la señorita Léa, dicen Léa á secas... Me alegraría ver á tu magistrado á mis pies... Pero, dime, ¿nada más que á mis pies, no es verdad? ¿No querrás que vaya más allá?

—Yo sólo quiero una cosa: que acabe por hacer lo que deseo.

—Muy bien. Cuidaré de tenerle á cierta distancia, y así será más obediente... Ahora dame los datos que necesito para sitiar á la magistratura...

XXX

Cuando estuvo perfectamente enterada de la vida, gustos y costumbres del que se trataba de sitiar, Léa formó su plan de campaña. Hubiera preferido, para hacer boca, conquistar la América. Pero el representante de aquel país, sir Hanley-Gardiner, parecía dispuesto á hacer una tenaz resistencia. En otro tiempo, en un día de debilidad, cuando no estaba sobre aviso, pudo dejarse sorprender á consecuencia de un ataque atrevido. Pero aquello fué accidental; por lo regular, el periodista americano se defendía mejor y se respetaba mucho más.

Felizmente, Léa, á pesar de su natural deseo de atraerse á un hombre tan importante como sir Gardiner y su sentimiento de tener que renunciar á él, deseaba realmente serle útil, pues sabía por experiencia que era generoso.

Una tarde, se presentó en son de guerra en la calle de Lille, en que vivía el consejero M. Z..., en un viejo hotel del siglo pasado.

Acostumbrada á las habitaciones estrechas y bajas de techo de su barrio, Léa sintió que un ligero estrechamiento recorrió su cuerpo cuando se encontró en

una inmensa antesala, de cinco metros de altura, con artesonados y pedestales de mármol que sostenían bustos de Cicerón, de Demóstenes y otros personajes de la antigüedad.

Esperó veinte minutos. Después, un ayuda de cámara, que parecía un procurador, vino á decirle que el señor tenía á bien recibirla. Se levantó exhalando un suspiro de satisfacción y entró en un despacho mayor aún que la antesala, y más frío si cabe.

El consejero, sentado ante una mesa cubierta de papeles, cartas y expedientes, se levantó á medias, la miró con el rabillo del ojo y con un gesto le indicó que se sentara en un sillón colocado junto á la mesa.

«No es guapo, ya no es joven. ¡Qué estirado parece! Pero yo no he venido aquí para divertirme, cumplo un encargo,» se dijo Léa.

Con voz solemne, como si empezase un discurso, el señor Z... pronunció estas palabras:

—Ha querido usted verme, señora... ¿De qué se trata?

Léa, esperando vencer aquella gravedad que la molestaba, contestó sonriendo:

—Permítame usted que empiece, caballero, por decirle que no me presento en casa del señor Z..., consejero del Tribunal Superior... Nada tengo que ver en materias judiciales, no tengo ningún pleito. Me han dicho que era usted dueño de una casa de campo en Maisons-Laffitte, que deseaba usted alquilarla, y vengo á saber cuáles son sus condiciones.

El magistrado repuso, con la misma gravedad:

—No me ocupo por mí mismo de esa clase de ne-

gocios. He dado el encargo á un agente que vive en Maisons-Laffitte, á la entrada del parque. Puede usted ir á entenderse con él, señora.

—Le he visto ya, caballero; pero el alquiler que pide me ha parecido bastante elevado, y he pensado que, entendiéndome con usted, conseguiría algunas concesiones.

La detuvo y dijo secamente:

—No hago nunca concesiones.

—¿Ni aun á las mujeres?—repuso la joven, lanzándole una mirada expresiva.

—Ni aun á las mujeres—contestó, sin aparentar que notaba aquella mirada.

A pesar de su aplomo, Léa se encontraba desorientada. Le habían dicho: «El consejero parece hombre grave y severo. Deja caer frases cortantes como un cuchillo. La sonrisa no ilumina nunca sus labios secos y delgados. Se asemeja á una estatua colocada sobre un pedestal; pero cuando la estatua ve á una mujer linda, no tarda en bajar de su pedestal.» La habían engañado; la estatua no bajaba, ni parecía querer bajar; por el contrario, el pedestal se alargaba, se alargaba, adquiría las dimensiones de una columna.

Pero como la joven no se desanimaba fácilmente, repuso:

—De todos modos, caballero, tengo tal capricho por aquella casa, que, si no rebaja usted el alquiler, lo pensaré, veré.

—Véalo usted, señora... Eso no es asunto mío.

—¿Podré volver á traer á usted mi contestación?

—Es inútil; désela usted á mi agente.

—Corriente—dijo la joven con despecho,—iré á Maisons-Laffitte.

—Como usted guste, señora.

Y se levantó para indicarle que la audiencia había terminado.

En el mismo momento se oyó un estornudo en el otro extremo del despacho, en el hueco de un balcón. Léa miró inmediatamente hacia aquel lado y vió un hombre de unos treinta años, probablemente el secretario del consejero, sentado detrás de una mesa, medio oculto por un montón de papeles y libros.

«¡Ah! muy bien—se dijo,—la estatua permanecía adherida á la columna porque la miraban. Trabajaba á la vista del público.»

Y se fué, tranquilizada, llena de esperanza.

XXXI

Al día siguiente, era domingo. Léa, sencillamente vestida, pero con exquisito gusto, tomó en la estación del Oeste el tren de las dos para Maisons-Laffitte.

Al llegar á ese pueblo, se presentó en casa del agente.

—Quisiera—le dijo—volver á ver la casa que me enseñó usted el otro día.

—Es muy fácil, señora—repuso el agente.—Allí está el dueño. Ha venido á pasar el domingo en su casa de campo.

—Me lo he figurado—pensó Léa.

Un momento después llamaba á la verja del jardín del señor Z... Salió él mismo á abrir.

Ya no era el mismo hombre. Se hubiera creído que una hada le había metamorfoseado de repente: su larga levita negra, abrochada, que el día antes le hacía parecer un seminarista, había sido sustituida por una chaqueta flotante de color muy claro. Un sombrero de paja de alas estrechas cubría su cabeza, y una rosa de Bangala adornaba el ojal. No había cambiado de rostro; pero, con el aire libre, le habían salido algunos colores, y su semblante fúnebre se había vuelto risueño. Con aquel traje y completamente afeitado, parecía, más bien que un magistrado, un actor de teatro.

Y ¡qué cambio también en sus modales y en su lenguaje!

—Sea usted bienvenida en mi modesta vivienda, señorita—decía,—me felicito de que la casualidad me haya permitido recibirla. Hágame usted el favor de entrar: estoy solo, completamente solo. ¿Me permite usted que le ofrezca esta rosa de mi jardín, del de usted, si es que sigue con la misma idea? He consultado con mi agente y me ha dicho que, en efecto, la estación está bastante avanzada y que sería justo bajar el precio del alquiler... Podemos, pues, entendernos, señorita.

—¿Por qué me llama usted señorita?—preguntó Léa de pronto. ¿Acaso parezco muchacha?

CAPITULO XXXI
CAPITULO XXXI

—Lo parece usted en absoluto: por la gracia, la lozanía...

—Pero lo parezco nada más, como usted dice... Por lo tanto, tengo derecho á que me llame usted señora, y si me llama señorita, es que me ha conocido... ¿No es cierto? Sea usted franco.

—Pues bien, sí. He aplaudido á usted en su última creación, en Variedades.

—¡En una pieza de mujeres!... ¿Va usted á las piezas de mujeres?

—¿Por qué no? No tengo obligación de ser grave y severo sino en mi sillón y en mi gabinete, cuando mi secretario me ve y me oye.

—Y, en efecto, bastante grave estaba usted—exclamó Léa, que se iba encontrando en su terreno.—¡Qué cara ponía usted, Dios mío!

—¿No es verdad?—dijo riendo.—Mi cara de magistrado. ¿Prefiere usted la de hoy?

—¡Ya lo creo! Se ha quitado usted veinte años de encima.

—Permítame usted que le dé las gracias por el favor—dijo el señor Z... tratando de cogerle la mano.

La joven dió un salto hacia atrás.

—¡Dispense usted! Ayer me manifestó una frialdad que rayaba en descortesía... Deme usted tiempo para que me acostumbre á sus nuevos modales... Le haré observar, por lo demás, que aquí no soy la señorita Léa, de Variedades... Soy una inquilina formal que viene á tratar de un negocio no menos formal con el propietario de una casa de campo del paseo del Norte, en Maisons-Laffitte (Seine et Oise), ferrocarril del

Oeste, estación del Havre, á veinticinco minutos de París.

—¡Ah! no sólo es usted muy linda—dijo el magistrado,—sino que es además muy ingeniosa, muy divertida, muy original. Con razón me lo habían asegurado.

—Por lo visto, ha tomado usted informes con respecto á mí.

—Hace mucho tiempo me los dió la acomodadora del proscenio de la izquierda.

—Decididamente, es usted un magistrado muy grave y muy severo.

Y se echó á reír á carcajadas, enseñando sus dientes admirables.

Entonces, el consejero no pudo detenerse ya; la cogió por el talle. Pero ella se escurrió de entre sus manos y, saliendo de la casa en que la había hecho entrar, corrió á refugiarse en el jardín.

Cuando se acercó á la joven, le dijo ésta:

—La casa me agrada... ¿Cuál es el precio, en definitiva?

—El que usted quiera.

—Es demasiado caro... Fije usted una cantidad.

—Pues bien, dos mil francos.

—Corriente. Mañana me instalaré.

—¿Sola?

—Sola, con mi doncella.

—¿Podré hacer á usted alguna visita?

—Como casero, sí, para ver si necesito algo...

Adios.

—¿Tan pronto?

—El tren me espera.

Y salió, después de haberle acariciado con una larga mirada enloquecedora.

XXXII

Léa se instaló sin demora en Maisons-Laffitte. El señor Z... vino inmediatamente á visitarla, á preguntarle si necesitaba algo, á ponerse á sus órdenes.

Era un casero modelo. Si se le ocurría á Léa decirle: «Los paseos del jardín no están bastante enarenados,» mandaba en seguida á buscar varios carros de arena. Si hacía notar que un bosquecillo estaba demasiado claro, el galante consejero corría á comprar multitud de plantas y arbolillos. Una tarde dijo indolentemente: «Esa encina grande da demasiado fresco á la casa.» Al día siguiente, al levantarse, vió que ya no estaba allí la encina. El señor Z... la había mandado cortar.

Tantos obsequios, tanta generosidad ocultaban tal vez algunas esperanzas: de cuándo en cuándo, el consejero no podía menos de enseñar la punta de la oreja, murmuraba algunas palabras amorosas y trataba de cogerla una mano ó su talle rebelde. Pero, sin incomodarse, sin rechazarle, cerca de él, por el contrario, con

la mirada fija en los ojos del magistrado, Léa murmuraba con ternura:

—He venido al campo para vivir como mujer honrada... Estoy harta de mi vida desordenada... Quiero crearme otra nueva.. En vez de impedírmelo, ayúdeme usted, sosténgame usted... Un poco de virtud de cuándo en cuándo, regenera... Es cierto, lo sé, que no durará mucho... entonces le tocará á usted el turno... Sí, de seguro, pues le prefiero con mucho á todos cuantos he conocido hasta ahora... Deseaba hace mucho tiempo encontrar un hombre del mérito de usted, de su gran posición... Para mí, los hombres no tienen edad. Cuando tienen talento, me inclino siempre á suponer que no pasan de veinte años... Sí, sí, comprendo que amaré á usted algún día, y de un modo muy desinteresado, se lo aseguro, amigo mío... Nunca aceptaré de usted cosa alguna, nunca... Pero le ruego que me deje tiempo para reflexionar en la soledad... ¿No será acaso agradable, querido amigo, el ser amado por una mujer como Léa, que pasa por no haber amado nunca á nadie?

Precisamente esa perspectiva agradaba sobremedida al señor Z...: ser querido desinteresadamente era su más ardiente deseo, tanto más ardiente, cuanto que nunca había conseguido realizarlo. Ser querido desinteresadamente á los cincuenta años, ¡qué sueño! Ser preferido á tantos jóvenes, llegar á ser el amante de corazón de la hermosa Léa; es decir, el amante ignorado, el amante oculto á quien nadie conoce y á quien se reservan, sin embargo, las más dulces alegrías, ¡qué gozo!

Se extasiaba ante tal idea, sin pensar en hallarla ridícula. ¡Léa era tan buena actriz, y el hombre es tan sencillote á todas edades en cuestiones de amor!

Esas esperanzas hábilmente alimentadas, esas adulaciones, esas resistencias calculadas, esas coqueterías perturbadoras hacían que fuera más vivo, más ardiente, más imperioso el capricho que aquella linda muchacha había inspirado á aquel gran aficionado á mujeres. Al poco tiempo vino á verla todas las noches, sin que ella le reconviniere... Por el contrario, le daba calorosamente las gracias porque se dignaba encantar su soledad.

—Cuando sus negocios no le detengan en París— le decía,—¿por qué no pasa usted el día aquí? Traiga usted sus expedientes y trabaje á mi lado, bajo la enramada. Estará usted mucho mejor que en su despacho frío y sombrío de la calle de Lille.

No se hizo de rogar, y cuando el Tribunal no exigía su presencia en París, pasaba los días en Maisons-Laffitte. Llegó á pasar las veladas, y un día se distrajo con su inquilina hasta el punto de dejar escapar el último tren, el de las once y treinta y cinco minutos.

—¿Qué voy á hacer ahora?—dijo á Léa, mirando el reloj.

—Tome usted un coche. En dos horas puede llevarle á París.

—Los alquiladores están acostados hace ya gran rato.

—Vaya usted al hotel.

—Por aquí no hay ningún hotel; tal vez no encuentre ni una mala posada.

—¿Supongo que no se figurará usted que voy á permitirle quedarse aquí?

—¿Por qué no?—preguntó tímidamente.

La joven suspiró y repuso:

—Tiene usted razón... Cuando una se llama Léa, no puede ya verse comprometida... ¡Buena! quédese usted. ¿Pero será juicioso?

—Trabajaré toda la noche, como lo hubiera hecho en París.

—¿Tiene usted, pues, algún trabajo urgente?

—Sí, soy ponente en una causa criminal que se verá mañana... Una apelación entablada por el asesino del príncipe Lavinsine... Ya sabe usted... aquel Bérard sentenciado á cadena perpetua.

—¡Ah! sí, es verdad... ¡Cuánto se habló de él hace seis semanas!... Pues bien, voy á mandar que le preparen á usted una buena habitación... Acabará usted su dictamen y se acostará después tranquilamente. Lo jura usted, ¿no es verdad?

—Lo juro.

XXXIII

Le costó trabajo al magistrado ponerse á trabajar. Nunca se había mostrado Léa tan seductora, tan provocativa como durante el día que acababa de termi-

nar. Lo había pasado por completo con él en el jardín, en que almorzaron y comieron bajo un emparrado, y después, cuando llegó la noche, en el salón, juntitos los dos, hablando en voz baja.

Por primera vez, desde hacía cinco semanas que no se separaban, ella le había permitido algunas libertades severamente prohibidas hasta entonces; besos rápidos en los cabellos, en el cuello, en los ojos. Y una vez, como si hubiera perdido la cabeza y no tuviera conciencia de sus actos, se dejó llegar á los labios; pero de pronto le rechazó, se desprendió, exclamando:

—No, no quiero... no quiero... ¡Déjeme usted, déjeme usted!

Mecido aún por la embriaguez de las caricias pasadas, y sobre todo por la esperanza de las próximas, el consejero, solo en su habitación, abrió con más resignación que placer el expediente de la causa Bérard. ¡Cuánto sentía ahora no haberlo examinado antes! Pero, desde hacía quince días que aquellos documentos le habían sido entregados, absorto junto á Léa, pasando los días enteros á su lado, no había dedicado ni un solo instante á estudiarlos. Y ahora, no podía retardar la hora fatal.

Y, sin embargo, la joven estaba allí, en una habitación próxima, separada sólo por un gabinetito... Se acostaba tal vez calenturienta, como él... Nadie en la casa... Oscuridad, silencio en todas partes, en el jardín, en el parque, en el bosque... Era una noche calurosa de verano, tempestuosa, con algunos relámpagos que surcaban el cielo.

Acostumbrado al trabajo desde muy larga fecha, esclavo de su deber, pensando en su presidente y en sus once compañeros, que esperaban su dictamen á las doce del día siguiente, consiguió, á la una de la mañana, ahuyentar las ideas que le abrumaban y, después de haber recorrido los documentos, leído algunos detalles esenciales y reflexionado durante algunos instantes, se puso á escribir febrilmente.

Hacía ya próximamente una hora que había empezado á trabajar, cuando, en el silencio de la noche, creyó oír el ruido de una puerta que se abría y los pasos de una persona.

Levantó bruscamente la cabeza.

Los pasos se acercaban. Eran los pasos ligeros y discretos de unos pies calzados con zapatillas finas.

¿Venía Léa á hacerle una visita?

La puerta se abrió suavemente y apareció la joven, cubierta con un simple peinador, calzada con chinelas, llevando sus hermosos cabellos rojos destrenzados y sueltos sobre los hombros.

El magistrado se volvió y la miró embelesado.

—He leído hasta ahora—dijo Léa con voz dulce y lánguida,—y antes de acostarme he querido ver si mi huésped necesitaba algo.

—¡Ah! ¡es usted adorable!—contestó éste, corriendo á su encuentro y obligándola á sentarse en una butaca.

Léa se dejó llevar con docilidad, le permitió que la contemplase, le sonrió con sus labios húmedos, le acarició con una mirada tierna y acabó por decirle:

—Trabaje usted, trabaje usted, no me he venido á interrumpirle... ¿Qué la detiene, el trabajo?

UNIVERSIDAD DE LEON
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
1962. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Está casi terminado.

—¡Ya! ¿Ha expuesto usted sus resultandos?

—No tengo resultandos que exponer... El relator no saca deducciones; expone únicamente á la Sala el estado de la causa.

—Lo cual no le impide ser todopoderoso... No se admire usted, querido amigo... Me es usted demasiado simpático, ocupa un lugar demasiado grande en mi existencia, para que no me haya enterado de los asuntos de su profesión... El relator no saca deducciones abiertamente; eso le corresponde al procurador general, es cierto. Pero el relator sabe muy bien dar su opinión... La indica en la manera de presentar las cosas... Tiene giros particulares cuando se empeña en hacer prevalecer ciertas causas de nulidad presentadas en la apelación... Y usted sobresale precisamente en esos giros... Me lo han asegurado... Después, cuando se trata de votar y que los consejeros deliberan, le rodean á usted, le consultan... En una palabra, repito que sois todopoderoso... Soy curiosa... ¿Cuál es su opinión de usted en el asunto Bérard?

—Mi opinión es que ninguno de los motivos en que se funda la apelación está fundado.

—Entonces, ¿será desechada y la sentencia del inferior se confirmará?

—Es muy probable.

—Pues bien, lo siento... Desde que me ha hablado usted de esa causa, se me ha presentado por completo en la memoria, me acuerdo que la sentencia de Bérard me ha extrañado mucho.

—Y yo, querida amiga, acabo de leer uno por uno

todos los documentos y no he notado nada que sea irregular.

—¿De veras?... Las declaraciones de varios testigos me parecieron á mi muy oscuras.

—¿Cuáles?

—Ya no me acuerdo... Pero deben estar en ese expediente... Vamos á buscarlas... ¿Quieres?

XXXIV

Empezaron ambos á hojear el expediente Bérard: él, sentado frente á la mesa en que había escrito su informe, y ella, con el rostro junto al suyo y el cuerpo encogido contra el del magistrado.

—Vamos á ver—decía Léa, tuteándole, contra su costumbre, lo cual encantaba á aquél,—vamos á ver, amigo mío, la declaración de este testigo ¿no te llama la atención? «El hombre que huía ayer en el parque Monceau—dice—me pareció mucho más alto que el acusado y mejor vestido que él.»

—Continúa, querida mía, y verás que un instante después se desmiente... Mira, aquí...

—Porque el presidente le hace notar, con voz severa probablemente, que en el sumario ha hablado en

otro sentido. El pobre hombre, guarda del parque, tiene miedo de perder su plaza si se pone enfrente de la justicia, y acaba por decir lo que quieren que diga... Eso sucede muy á menudo.

—Nada de eso, no, angel mío, te aseguro que te equivocas.

—Tú eres el que se equivoca, amor mío... Sé lo que suele ocurrir. He sido interrogada por un juez.

—¿Tú?

—Sí, yo... Me acusaban de haber contribuído á la ruina del duquesito de X..., menor de edad... Por más que decía: «¡Pero si ni siquiera le conozco!... no me lo han confiado nunca,»—no importaba. El juez continuaba preguntándome, me atormentaba, me envolvía de tal modo, que por fin, excitada, nerviosa, aburrida, para verme libre de él, acabé por exclamar: «Bueno, pues lo que usted quiera.» Estas palabras, aprovechadas y modificadas hábilmente, se consideraron después como una confesión. Pasé por haber sido querida del duquesito, que ni aun había llegado á besarme la punta de los dedos.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor!... si hubiera tenido algo que ver con él, te lo confesaría lo mismo... Uno más ó menos... entonces no me entretenía en contarlos... No he empezado á contar sino desde el día en que te conocí, desde el día en que juré ser honrada.

El magistrado la miró con ternura. Lea prosiguió:

—Sí, hay que ser muy listo para luchar con un juez. Se encierra con uno y con el escribano, cómplice suyo, y hace de uno lo que quiere... El acusado debie-

ra tener á su lado á su abogado, ó á cualquiera que le aconsejara y le impidiera de empeorar su causa y de decir tonterías. En la mayor parte de los países el sumario es público; en Francia es secreto, silencioso, oculto... ¡No es justo! ¡No, no es justo!

—Hablas divinamente... Dime, ¿de dónde has sacado todo eso?

—De mi cabeza... ¿Te has figurado, acaso, que no soy capaz de tener pensamientos serios?

—Nada de eso—contestó.

Y, para protestar mejor, cogió entre sus manos la linda cabeza que se bajaba hacia él y le dió un largo beso. La cabeza no se defendió.

—Trabajemos—dijo Léa desasiéndose...—Mira, también te llamo la atención sobre este punto de la causa... El fiscal recrimina á Bérard por haber amenazado al príncipe Lavisine en varias ocasiones, y deduce de ahí que ha ejecutado sus amenazas... Pues bien, eso es absurdo... Las amenazas de Bérard demuestran que es inocente.

—¿A ver, á ver, mi adorable abogado?

—Es evidente... Escucha, ángel mío... Salió de su casa con una bomba de dinamita, ¿no es cierto? El sumario lo demuestra, por más que está muy lejos de ser verdad... Pero no quiero discutirlo... Lleva su bomba en el bolsillo, corriente. Se encuentra, por tanto, resuelto, decidido á utilizarla... ¿Y qué hace? Se sienta en un café, pide en alta voz papel, pluma y tinta, escribe al príncipe una carta amenazadora, pone el sobre, llama á un mozo y le dice: «Lleva esto ahí enfrente, á casa del príncipe Lavisine.» A casa del hom-

bre á quien va á asesinar un momento después... Entonces, ese Bérard sería un estúpido... y no lo es, al contrario.

—Es violento, querida amiga.

—¡Violento! ¿Qué pruebas de violencia ha dado? ¿Sus amenazas? Los hombres violentos no amenazan: pegan, sin avisar. ¿No has reparado nunca, querido, en dos hombres que se pegan en la calle?... Yo me paro siempre, me divierte mucho... Por lo regular, uno de ellos se pone en jarras gritando: «Te voy á deshacer, te voy á triturar, voy á retorcerte el pescuezo como á una gallina vieja...» Ese no se menea nunca; el que se menea es el otro... Esta escuchando, callado, no contesta; de pronto se apodera de él la ira, cae sobre su adversario y le pega... Ese es el violento... ¡Tu Bérard es un corderillo, y á ese corderillo es al que quieres mandar á presidio!... ¡Ah! ¡te tenía en mejor concepto! ¡tenía mejor opinión formada de tí! Y se alejó de él bruscamente.

XXXV

El consejero se había levantado, había alcanzado á Léa y, cogiéndole las manos, le decía con voz cariñosa:

—Haces mal en incomodarte conmigo, querida mía. Yo no tengo que ver con que ese Bérard, que tanto te

interesa, sea ó no inocente... Mi misión se reduce únicamente á decir si, en el curso de la causa, la ley ha sido fielmente observada.

—¿Y qué? ¿Le ha sido?

—Sí.

—Sin embargo, la apelación de Bérard se funda en algo... ¿En qué?

—En nada formal... Pretende que uno de los jurados, contraviniendo al artículo 343 del Código criminal, ha salido de la sala de deliberaciones antes de haber formulado su contestación... El hecho no está demostrado; pero, en todo caso, ese jurado no ha hablado con nadie.

—¿Y nada más?

—Se queja también de que el defensor pidió la comparecencia de la princesa Lavisine, esposa de la víctima, y que el presidente se negó á acceder á aquella tardía petición.

—Pues hizo mal el presidente... ¿Por qué no se ha oído á la princesa? ¿Han temido molestarla?

—No; pero, por razones de conveniencia fáciles de comprender, el presidente ha creído deber contentarse con la declaración escrita. El defensor lo sabía y no hizo observación alguna... Sólo en el curso de los debates fué cuando echó de menos tal ausencia... Si se fuese á aceptar eso como un motivo de nulidad, en cuanto un abogado viera perdida su causa reclamaría siempre el testimonio de un testigo imaginario, y la mitad de las causas se aplazarían para otra sesión, ó la mayor parte de las sentencias serían anuladas.

—¡Corriente! Pero me parece que es demasiado có-

modo contentarse con una declaración escrita... Hay que ver la cara de los testigos, oírles hablar, juzgar de su veracidad sobre su fisonomía. Mira: supón, querido mío, que yo te escriba: «Te amo;» tal vez no lo creas. Pero si me acerco á tí, como ahora lo estoy haciendo, y que, mis ojos en tus ojos, mi boca sobre tu boca, te digo: «A nadie he amado más que á tí,» me creerás, ¿no es cierto?

—Sí, te creo—dijo entusiasmado...

—Pues bien, créeme también cuando te digo que acabamos de descubrir un motivo muy formal de nulidad.

—Pero, vamos á ver, ¿qué interés tienes tú por ese Bérard?

—Un interés irreflexivo, ridículo, estúpido, como quieras... ¡Será testarudez, bueno! Soy testaruda como una mula... Además, pareces tener empeño en contrariarme, en no querer complacerme.

—Es imposible que puedas suponer...

—Parece realmente que te pido que cometas alguna mala acción... Un hombre ha sido condenado... Hay dudas en tu espíritu sobre su culpabilidad... No contestes, te digo que las hay... Pues bien, se trata de que, con unas frasecitas bien redondeadas, con algún giro hábilmente preparado, hagas anular la sentencia que le condena, y que vaya ante otro tribunal... ¡Y te niegas, sabiendo que me complacería tanto!

Al decir esto, le tenía estrechamente sujeto, confundiendo su cuerpo con el suyo. Sus largos cabellos rojos sueltos le rozaban el rostro, le acariciaba, le fascinaba con la mirada. El peinador se iba cayendo poco

á poco, dejando ver los desnudos hombros, y se entreabría para dar salida al pecho palpitante de la joven.

—Pero, por fin, ¿qué quieres?—murmuró el magistrado con voz alterada.

—Quiero que para complacerme, nada más que para complacerme, rompas ese informe y extiendas otro, ahí, delante de mí... Dame esa prueba de amor, te lo ruego... ¿Titubeas?... Mira, lo romperé yo.

Y con la mayor rapidez, rompió el informe.

El señor de Z... no protestó.

—Ahora, dijo Léa, presenta las cosas en sentido completamente opuesto... Desarrolla las causas de nulidad, dando á entender que tienen bastante importancia para que se anule la sentencia... Vamos á ver, date prisa... ¿Creo que no vamos á invertir toda la noche en hacer informes?

Se puso á escribir rápida, febrilmente, mientras que ella leía por cima de su hombro.

—Bien... bien... —decía de cuándo en cuándo Léa...—Eso es... Insiste, insiste en ese punto... Sé más terminante... Perfectamente, has encontrado la palabra á propósito.

Y, para recompensarle, le cogía la cabeza con ambas manos y la besaba repetidamente.

Por fin, soltó la pluma y dijo:

—He acabado... ¿Estás contenta?

—Contentísima—dijo Léa. Y, apoderándose del nuevo informe, corrió hacia su alcoba gritando:

—Ven á buscarlo.

El magistrado se apresuró á obedecer.

XXXVI

El consejero relator salió de Maisons-Laffitte á las nueve de la mañana del día siguiente. Tenía el tiempo tasado para volver á su casa, mudarse de ropa y presentarse en el Palacio de Justicia.

En cuanto se hubo marchado, Léa saltó de la cama, se hizo vestir y tomó el tren. A las once se hallaba en casa de sir Hanley Gardiner.

—¿Qué hay?—preguntó éste inmediatamente;—¿lo ha conseguido usted?

—Completamente, querido. Es nuestro... ¡Pero qué trabajo me ha costado! ¡El mes que acabo de pasar, no se me olvidará en mi vida!

Sir Hanley tomó de la mesa de despacho un sobre bastante voluminoso, preparado de antemano, y le dijo presentándosele:

—Permítame usted que le ofrezca los medios de que se divierta ahora.

—Gracias—dijo Léa, aceptando sin más cumplidos.—Creo que saldré mañana para Dieppe... Estoy harta de Maisons-Laffitte y de mi casero... ¡Qué cara va á poner cuando vea que ya no estoy allí! ¡Ángel mío!

Después, se creyó en el caso de hacer algunas coquetterías á sir Gardiner, pero sin éxito, pues éste no pareció notarlas. Para consolarse, cuando se retiró iba tentando el precioso sobre.

A eso de las doce, sir Hanley se hizo conducir al Palacio de Justicia. No dudaba del éxito; todas las gestiones hechas cerca de los consejeros más influyentes habían salido bien. La mujer del señor X..., seducida por la perspectiva de una presidencia cercana, había prometido no sólo el voto de su marido, sino el de los tres ó cuatro colegas que votaban siempre como él. En cuanto á la consejera pródiga y entrampada, al deber varios favores á la persona que le había mandado sir Gardiner, se había comprometido á corresponder, haciendo lo que se le pedía. Y por fin, gracias á Léa, se podría contar con el relator, que ejercía verdadera autoridad sobre sus compañeros.

Sir Gardiner entró en la sala de lo criminal del Tribunal Superior.

«¡Qué aparato!—se dijo echando una ojeada á su alrededor;—¿necesita la justicia tantos requisitos para hacerse respetar?» En efecto, no veía más que pinturas y dorados en las paredes y en el techo. Hubiera podido creer que se hallaba en Versalles, en las habitaciones de Luis XV.

En el fondo de aquel salón, ó mejor dicho, de aquella galería, que iba en declive como el escenario de un teatro, los consejeros, con sus trajes negros de diario, pero con sus birretes recargados de galones de oro, formaban una especie de media luna. Extendidos, casi tumbados en sus sillones, parecían dormir todos.

«Es el templo de Morfeo» volvió á decirse sir Gardiner, que, siendo americano de corazón, no desperdiciaba ocasión alguna de criticar á la vieja Europa.

Se metió en el recinto destinado al público y pudo encontrar sitio fácilmente, pues había muy poca concurrencia aquel día. Una sola cosa le preocupaba: llevar lo más pronto posible la buena noticia á la señorita Bérard, á quien había rogado que permaneciera en casa para no ser objeto de la curiosidad de las gentes.

La causa Bérard fué puesta sobre el tapete, y tomó la palabra el relator.

Tranquilo, grave, pálido, con la voz seca y cortada que le era habitual, empezó á leer su informe.

Sir Hanley escuchaba admirado. Acabó por inclinarse hacia un joven abogado suplente sentado junto á él y le dijo:

—Me parece que el relator no hace resaltar mucho las causas de nulidad.

—Puede usted asegurar, caballero—contestó el abogado,—que no las hace resaltar lo más mínimo... Es evidente que se manifiesta hostil á la apelación. No lo dice, porque no tiene derecho para decirlo; pero los de la profesión lo comprendemos, como lo comprenden también los consejeros que no están durmiendo.

«¿Me habrá engañado Léa?» murmuró el americano. El relator había dejado de hablar.

—¡Cómo! ¿ha acabado ya?—repuso sir Gardiner.

—Sí por cierto—contestó el abogado.—No necesitaba mucho tiempo para leer un informe escrito en pocos minutos, desde que se sentó en su sillón.

«Decididamente, me han robado» pensó de nuevo sir Hanley.

Muy pronto, en efecto, después de haber oído al fiscal y al abogado de Bérard, que habló sin calor, sin convicción, como hablan los abogados en el Tribunal Superior, todos los consejeros se levantaron y formaron círculo alrededor del presidente y del relator. Ni siquiera concedieron al asunto los honores de la discusión. El presidente se contentó, según la frase de cajón, con *reunir* á los jueces.

Votaron haciendo un gesto con el birrete, y se acabó.

La apelación de Bérard fué desechada; es decir, la sentencia á cadena perpetua fué declarada firme.

Antes de ir á dar la mala noticia á la señorita Bérard, sir Gardiner corrió á casa de Léa para desahogar su ira.

XXXVII

Sir Hanley sorprendió á Léa en medio de sus preparativos de marcha. Con ayuda de su doncella, metía vestidos y más vestidos en baúles gigantescos.

—¡Tú aquí!...—exclamó.—¿Qué ha sucedido? Parece que estás furioso.

—No me falta motivo... Ó tú me has engañado, ó tu consejero se ha burlado de tí.

—¡Él! No puede ser.

—Pues es cierto... No sólo no nos ha favorecido, sino que se ha manifestado hostil.

—¡No digas eso! He leído su informe, y te juro que era muy favorable.

—¿Cuándo lo ha redactado?

—Esta misma noche.

—¿Y regresó inmediatamente á París?

—Inmediatamente no—murmuró Léa, que bajó la vista y se ruborizó todo cuanto podía ruborizarse.

Sir Gardiner comprendió.

—Pues mira—exclamó,—hay que confesar que no eres excesivamente lista. ¿Cómo no te ha ocurrido ser virtuosa veinticuatro horas más?... ¿Y son éstas las parisienses que gozan de tanta fama?... En los Estados Unidos, nuestras jóvenes tienen más experiencia... Charlan años enteros con el que les ha prometido casarse, pero nada más, mientras no cumpla su palabra, hasta que no se haya celebrado el casamiento.

Léa no contestó: comprendía que había caído en falta.

Sir Gardiner continuó:

—Cuando te dejó esta mañana, tu consejero no tenía ya nada que desear... Como es natural, la exaltación de los sentidos, que le sostenía bajo tu dependencia, desapareció, se calmó... el magistrado razonador, frío, metódico, substituyó al hombre apasionado del día anterior, satisfecho después... Ayer no veía nada más que tú; hoy no conoce más que el Código... Sus sentidos eran los únicos que hablaban en él desde hace un mes; después su conciencia ha hablado. Le ha

dicho: «¿Qué es lo que vas á hacer? ¡Cómo! ¡por una mujer, por una actriz, estás á punto de olvidar tus deberes de magistrado!» Entonces ha roto el segundo informe, como tú rompiste el primero, y ha redactado el tercero... Has debido precaverlo... Luego, furioso consigo mismo, furioso por haber estado á punto de caer, se ha manifestado tanto más hostil, cuanto más favorable había sido por un momento... Eso está en la naturaleza humana... Vamos, hija mía, te aconsejo que vuelvas al colegio.

Léa no se atrevió á contestarle; pero la ira que ardía en su pecho se volvió contra el consejero.

—¡Es infame! ¡lo que ha hecho es infame!...—exclamó.—¿Cómo me había yo de figurar que un magistrado francés, todo un consejero del Tribunal Superior, fuera capaz de dar un *mico* á una mujer!

Esa frase cómica, que Léa dijo con la mayor formalidad; ese dicho de moda entre ciertas gentes, *dar un mico*, es decir, dejar de entregar á una mujer lo que tiene derecho á esperar, á exigir, desarmó la cólera del americano y se echó á reír.

Léa se enfureció aún más.

—Me vengaré... me vengaré—decía.—Es el primer *mico* que me dan: no tengas cuidado, no me quedaré con él. Voy á volver á Maisons-Laffite y á cortar todos los árboles de su finca...

—Te armará un pleito, y lo ganará—contestó tranquilamente sir Gardiner.

—Haré que todos sepan lo que es... Contaré en todas partes lo que me ha sucedido con él.

—Se burlarán de tí, amiga mía.

sión cualquiera, dominados por una voluntad á la que no podían resistir, han hecho promesas, con intención tal vez de cumplirlas... Pero, volviendo á ser magistrados, con sus togas, con sus birretes dorados, en sus sillones, en medio de todo aquel aparato, necesario quizá á algunos hombres para recordarles la grandeza de su misión y para imponerles el sentimiento de su deber, en aquel sitio no han visto más que ese deber y han olvidado todo lo demás.

—Sí—dijo con voz muy baja;—con su tacto exquisito define usted perfectamente lo que yo trataba de explicar hace un momento con otras palabras... Corriente—añadió;—tengo que conformarme, me han derrotado... Por lo visto, no conozco aún bastante su patria de usted... En América hubiera triunfado.

—Consiste en que América es más joven que Francia... No tiene una escuela vieja de magistrados honrados, no sólo por deber, sino por tradición, que quieren á toda costa conservar su antigua fama... No se admire usted de oirme hablar así... Mi padre, víctima hoy de la justicia, me ha enseñado desde muy niña á respetarla.

—¿Creía acaso que todos los magistrados son incorruptibles?

—No... Algunos obedecen á ciertas exigencias políticas, que frecuentemente los apartan de su deber... Pero no hay ejemplo de que trafiquen con su conciencia para satisfacer un interés personal... Este asunto está agotado, amigo mío... Y ahora ¿qué vamos á hacer? ¿Qué va á ser de él? ¿No se ha desanimado usted, no es verdad?

—¡Yo!...—exclamó sir Hanley.—¡Ahl no me conoce usted... Las derrotas, los reveses me hacen ser más tenaz, por el contrario... Me infunden más tesón, más ardor para triunfar... ¡Salvaré á su padre de usted! ¡Le salvaré! Se lo he dicho á usted y se lo repito... Mi tiempo, mi fortuna, mi vida están á su disposición.

—He aceptado—dijo Juana con dulzura—el sacrificio de su tiempo de usted... Pero su fortuna...

—¡Ahl—dijo él interrumpiéndola,—entonces no es usted amiga mía.

—Sí, pero mi pobreza me obliga á ser más susceptible tal vez que lo que sería preciso con respecto á ciertos puntos.

—¡Su pobreza! Si su padre de usted consiente, mañana será usted rica.

Juana le miró asombrada, temblorosa. Creía adivinar lo que iba á decir. Pero la desengañó.

—Sí—continuó Gardiner;—será usted rica si su padre de usted quiere vender á una Compañía americana, que he constituido, el secreto de su nuevo descubrimiento, de su último invento.

La señorita Bérard sonrió y dijo:

—Me parece que es usted á la vez el director, el Consejo de administración y el único accionista de esa Compañía... En cuanto á invento, usted es el que ha inventado... el modo de hacerme un favor sin que tenga que agradecerlo, una estratagema para no herir mi susceptibilidad. Es una atención más por parte de usted.

Sir Hanley iba á contestar, pero le contuvo con un gesto y continuó:

—Pues bien; sus atenciones de usted, su generosidad, su desinterés me indican la conducta que debo adoptar... Escúcheme usted con atención... Quiero cumplir con un deber sagrado, el de salvar á mi padre, arrancar de manos de la justicia á uno de sus sentenciados, abrirle las puertas que se cree cerradas para siempre tras él... Es una tarea difícil, peligrosa, erizada de obstáculos.

—¡Los venceremos!—dijo Hanley.

—A consecuencia de un golpe imprevisto, mi padre, que había vivido hasta aquel día á su gusto, con libertad para ir aquí ó allá, para trabajar, para descansar, para pasear por el campo, para tomar el sol, para dar la mano á un amigo, para estrecharme en sus brazos, para vivir á mi lado... mi padre se ve privado de todas esas libertades, de todos esos goces... Si quiere respirar, le dirán: «Respira en ese taller, entre esas cuatro paredes, en el entrepuente del buque, tal vez en ese calabozo...» Si quiere dormir, le gritarán: «Levántate...» Si quiere descansar... meditar... le mandarán trabajar... Si pide permiso para abrazarme, le contestarán: «No puede ser hoy, no es hora de eso... Déjanos en paz, ya no tienes hija, ya no tienes nada... ya no eres nada... Has conservado quizá una voluntad, la doblegaremos... un cuerpo, lo aniquilaremos... un alma, la mataremos... Ya no te perteneces, nos perteneces á nosotros y á nuestros agentes... Ya no tienes nombre ni apellido... tienes un número...» Pues bien; no quiero, no, no quiero que eso suceda... ¡Quiero arrancarles su víctima, su esclavo, su presa!

XXXIX

Después de un momento de silencio, la señorita Bérard repuso con voz más tranquila, volviéndose hacia sir Gardiner:

—Sin usted, amigo mío, no hubiera probablemente alcanzado nunca el fin que me he propuesto... Estaba sola en el mundo, sin familia, sin amigos, sin sostén, sin dinero... Dicen que soy bonita; han llegado hasta á darme un apodo que no me atrevo á repetir por lo exagerado que me parece... Pero la belleza á que aluden, si existe, me exponía, créalo usted, á mayores peligros aún... Me hubiese dado tal vez protectores, pero ningún amigo desinteresado... Pues bien, he tenido la rarísima suerte de que, en los momentos de mi mayor desesperación, ha venido usted á tenderme la mano y á decirme: «Disponga usted de mí, cuente con mi profunda adhesión...» Le he mirado á usted, le he escuchado, he creído ver un hombre honrado que respetará siempre mi desgracia, mi aislamiento, mi pobreza... y he colocado mi mano en la de usted.

Gardiner callaba. Juana prosiguió:

—Me traía usted su influencia, acepté... Su fortuna, he titubeado... Pero comprendo ahora que, para vencer los obstáculos que me rodean, necesito una

parte de esa fortuna... Otras hermanas, otras hijas, otras esposas se han visto probablemente en la misma situación que yo. Se trataba para ellas de salvar á un inocente ó á alguien á quien ellas tenían por inocente. No han podido conseguirlo porque eran pobres... No se lucha sin recursos con gentes que todo lo tienen... No se lucha sin armas con gentes tan bien armadas... Los magistrados no se venden, hace un momento que lo decíamos, pero la justicia no se hace gratis... Se da á los pobres abogados de oficio, y no suelen ser los mejores... Condenan á la cárcel, á presidio sin pedir dinero; pero si se quiere salir de la cárcel ó del presidio, si se quiere demostrar la inocencia, hacer gestiones, abrir informaciones, emprender una nueva causa, todo eso exige tiempo, todo eso cuesta caro. Los desgraciados no lo consiguen, mueren extenuados antes de vencer... Y yo quiero vencer... Acepto, pues, hoy franca, decididamente, sin reservas, sin titubear, los recursos que necesito y que usted me ofrece... pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que acepte usted, en cambio, la abnegación absoluta de mi padre y la mía... Que cuente usted con él y conmigo del mismo modo que nosotros contamos con usted... Cuando se vea libre, su tiempo, su inteligencia y su trabajo pertenecerán á usted... y en cuanto á mí... yo... le dedicaré á usted mi vida entera, hasta la muerte.

Sir Hanley contestó sencillamente:

—Pues bien, convenido... Firmemos el pacto para no volver á hablar sobre ese particular.

Y, al mismo tiempo, le alargaba la mano.

—No—dijo la joven,—un apretón de manos no basta: el pacto es demasiado formal... Deme usted un beso, hermano mío, ¿quiere usted?

Al oír esta proposición, sir William Hanley Gardiner, el americano cien veces millonario, el propietario de los periódicos más importantes del mundo, el parisién á quien todos creían hastiado, gastado, se ruborizó como una niña, y sus largas piernas empezaron á temblar.

Pero, como Juana Bérard había dado algunos pasos hacia él, se bajó, cerró los ojos y colocó los labios en la frente de la joven.

Cuando se apartó de ella, sus colores habían desaparecido: estaba pálido y lívido.

Juana se había alejado y decía:

—Volvamos á nuestro punto de partida... ¿Qué vamos á hacer?

—Poner en juego todos los medios posibles para salvarle.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué espera usted? ¿Conseguir su indulto tal vez?

—Pienso pedirle.

—No se lo concederán... Bajo un sistema parlamentario, ningún ministro se atrevería, en Francia, á proponer el indulto de un sentenciado á cadena perpetua, que ni siquiera ha empezado á cumplir la condena... Se acusaría, y con razón, al Gobierno de que se burlaba del jurado y de la justicia.

—Pero ¿no podría—preguntó sir Hanley—conseguir por lo ménos una conmutación de pena, es decir,

la reclusión, por ejemplo, en vez del presidio? Se quedaría en Francia, podría usted verle y tendríamos tiempo para movernos.

—He pensado en eso—dijo la joven,—y creo que con su influencia de usted lo conseguiría, si mi padre hubiera sido condenado por uno de esos crímenes que no tienen resonancia en el público. Pero el ruido que se hizo á la muerte del príncipe Lavisine, en el momento de la causa, impide que la administración pueda dispensar ciertos favores especiales y de todo punto excepcionales... Me he enterado de todos esos puntos cerca del abogado de mi padre. Me ha hecho también observar que la Embajada de Rusia se extrañaría, y se quejaría tal vez, si se manifestasen indulgentes para con el asesino de un súbdito ruso de gran posición en su patria y amigo personal del czar. Y además, amigo mío, tengo que confesar á usted una cosa.

—Escucho.

XL

Se había sentado muy cerca de ella para oírla mejor. La joven repuso:

—Confesaré á usted que, después de haberlo meditado mucho, no deseo la conmutación de pena, de que estamos hablando. Prefiero para mi padre la cadena perpetua, la reclusión.

—¿Por qué?—preguntó sir Hanley.

Juana se acercó aún más á éste y le dijo en voz baja:

—Porque es imposible escaparse de una cárcel central, y no sucede lo mismo con el presidio.

—¡Ahl!...—dijo el americano.—¿Ha pensado usted en una evasión?

—Sí, hace mucho tiempo... ¿Y usted?

—Yo también... Me decía: Si la apelación es desechada, si ninguna de mis gestiones tiene éxito, me quedará aún la evasión... ¡La evasión! es decir, la posibilidad de prestarle un concurso activo, de exponer mi persona, de arriesgar la vida, si es preciso, por ella... Quiero decir, por ellos.

Después de haberle dado las gracias con una mirada, Juana repuso:

—¿Ha pensado usted, amigo mío, que su libertad de usted podría verse comprometida también?

—¿Mi libertad?

—Sí... He tenido que estudiar el Código Penal bajo el punto de vista de las evasiones: va usted á ver lo que dice.

Se levantó, cogió un libro de una mesa, le hojeó un momento, é indicando una página á sir Gardiner, le dijo:

—Lea usted los artículos 240 y 241 del Código Penal... Mire usted, ahí están...

Gardiner leyó: «Si los evadidos, ó uno de ellos, están acusados de crímenes de tal naturaleza que lleven consigo la pena de muerte ó penas perpetuas, ó si están sentenciados á cualquiera de esas penas...»